

Matilde Asensi

EL REGRESO DEL CATÓN

la esfera  de los libros

CAPÍTULO 1

Como es bien sabido, la historia la escriben los vencedores y los vencedores, con el tiempo, adquieren el poder de obligarnos a creer lo que escribieron, de hacernos olvidar lo que no se escribió y de inducirnos a tener miedo de lo que jamás ocurrió. Todo para seguir ostentando el poder, sea poder religioso, poder político o poder económico. Da igual. A ellos, a los vencedores, deja de importarles la verdad y a nosotros, la gente, también. A partir de ese momento el pasado lo reescribimos entre todos, haciéndonos cómplices de aquellos que nos engañaron, nos asustaron y nos dominaron. Pero la historia no es inamovible, la historia no está escrita en piedra, no tiene una única versión ni una única interpretación aunque así nos lo hagan creer y, lo que es aún peor, aunque así nos lo hagan defender con nuestras vidas, nuestro fervor o nuestro dinero. De este modo aparecen las ortodoxias, las grandes verdades, pero también las guerras, los enfrentamientos y las divisiones. Y ahí es cuando nos han ganado para siempre. Sin embargo, a poco que nos armemos de valor, demos un paso atrás y, como ejercicio, miremos el mundo desde puntos de vista diferentes al nuestro, descubriremos y aprenderemos la más importante de las lecciones: la incertidumbre. La verdad os hará libres, dijo Jesús. Sí, pero la verdad la escriben los vencedores, así que, para ser realmente libres sólo tenemos la incertidumbre, la desconfianza y la duda. Y también un pequeño truco que a mí me costó mucho tiempo aprender: tener siempre muy presente que las herejías —de cualquier clase, no sólo religiosas— son tan ciertas como las ortodoxias y que, además, nunca intentaron imponerse por la fuerza o vencer por el miedo. Por eso perdieron.

—¡Oh, Dios mío, al fin! —exclamé aquella tarde, entrando en casa y lanzando al aire, uno tras otro, mis odiosos zapatos de tacón.

—¿Ya de vuelta? —gritó Isabella desde el salón.

—Ottavia, están a punto de llegar —me advirtió prudentemente Farag mientras colgaba su chaqueta en el armario de la entrada.

—¿Por qué? —protesté—. ¿Por qué tienen que venir visitas después de soportar una estúpida fiesta?

Farag no me respondió. Se acercó hasta mí con una sonrisa cargada de paciencia y me dio un fuerte beso en los labios con más sabor a cerrojo que a pasión. Respondí con la misma fuerza y acabamos riéndonos. Era un beso, ¿no?, lo di por bueno y me separé de él con una mirada divertida antes de dirigirme hacia el salón.

Mi desagradablemente joven y preciosa sobrina Isabella, de diecinueve insultantes años y estudiante de Ciencias e Ingeniería Informática en la UofT, la Universidad de Toronto en la que Farag y yo trabajábamos desde hacía apenas un año, estaba derrumbada en uno de los sofás viendo la televisión. Llegué hasta ella sorteando la mesa de centro, sus zapatillas y una bolsa vacía de esas porquerías que comía a todas horas y que, para mayor agravio, ni le engordaban ni le quitaban el apetito en la mesa. Estiró el cuello para dejarse besar en la mejilla y con el brazo me apartó discretamente para que no siguiera interponiéndome entre la pantalla y ella.

—Venga, recoge todo esto y enciértrate bajo llave en tu habitación —le dije apilando su *tablet* y su móvil y reuniendo sus zapatillas—. El presidente Macalister y un par de colaboradores de la universidad están a punto de llegar.

—¿Pero no venís ahora de casa de Macalister? —se sorprendió, incorporándose rápidamente para ayudarme a recoger su propio desastre. Isabella, como buena Salina, era tan insurrecta como obediente. Vivía con nosotros desde el año anterior, desde que terminó el colegio y decidió, para gran disgusto de su madre, que no sólo no quería saber nada de los negocios de la familia sino que tampoco estaba dispuesta a seguir por más tiempo en Sicilia. Desde que nació, Isabella había sido mi sobrina favorita —de entre los veinticinco hijos de mis ocho herma-

nos— y, como lo sabía perfectamente, era experta en manipularme y en obtener de mí todo cuanto se le antojara. Ni que decir tiene que para su tío Farag era, sencillamente, la maravilla más grande de la creación, la inteligencia más superdotada y, desde que se había hecho mayor, la obra de arte más exquisita (aunque de pequeña también era la niña más bonita del mundo).

Isabella se puso en pie y, mientras pulsaba el botón del mando a distancia para apagar la televisión, volvió a estirar el cuello hacia un lado con indiferencia para exponer su mejilla al beso de su tío. Ella era así, cariñosa como pocas, además de medir un metro ochenta, estar delgada como un alambre, tener unos preciosos ojos negros de larguísimas pestañas y lucir una espectacular melena de color castaño claro que recogía con ayuda de un coletero. Es decir, que, físicamente, no se me parecía en nada.

—En efecto, venimos de casa de Macalister —confirmé, dejando caer en el hueco de sus brazos todas sus pertenencias, zapatillas incluidas—. Pero el señor presidente nos ha comunicado que a las siete en punto visitará nuestra humilde morada en compañía de un par de personas muy importantes que desean conocernos.

—¿Constantino otra vez...? —preguntó aburrida, echando a andar en dirección a la escalera que llevaba al piso de arriba, a su habitación.

—No debes olvidar —protestó su tío, dejándose caer en el sofá de enfrente al que había estado ocupando Isabella— que somos los extraordinarios y célebres descubridores de la tumba de Constantino el Grande. Nuestra fama y reputación nos precede.

—¡Ya, bueno! —bufó ella despectivamente, desapareciendo por el pasillo superior. Aunque por todas partes nos asediaba el idioma inglés, en casa, entre nosotros, hablábamos siempre en italiano—. ¡Que disfrutéis! Hasta mañana.

—¡Buenas noches! —vocé sentándome junto a Farag, que me pasó el brazo por los hombros y me atrajo hacia él—. ¡Que me maten si tengo ganas de mencionar de nuevo el nombre de Constantino el Grande! —refunfuñé con un suspiro de resignación.

—Como acabo de comentar, *basíleia*,* nuestra gran fama y repu...

—¡Oh, cállate ya, profesor! —proferí rabiosa propinándole un bocado en el cuello, justo debajo de la oreja.

—¡Ay!

El timbre de la puerta sonó en ese mismo momento. Ambos dimos un respingo.

—¿Qué hora es? —preguntó precipitadamente Farag mirando su reloj—. ¡Pero si aún faltan diez minutos para las siete!

—¡Esconde mis tacones! —fue todo lo que se me ocurrió decir mientras echaba a correr hacia nuestra habitación para ponerme unos zapatos bajos que quedaran bien con mi preciosa chaqueta azul egipcio y mi falda negra.

Llegué a la puerta justo a tiempo para recibir con una extraordinaria y muy sincera alegría al presidente de la UofT, Stewart Macalister, y a un encantador y octogenario (o nonagenario) matrimonio de blanca y atractiva sonrisa. El caso es que la cara de él me sonaba de algo, aunque no podía recordar de qué.

—Buenas noches, Ottavia —me saludó Macalister—. Farag... Buenas noches. Permitidme presentaros a Becky y Jake Simonson, viejos amigos míos y grandes colaboradores de nuestra universidad.

—¿Simonson...? —exclamamos Farag y yo a la vez, mirando asombrados al octogenario (o nonagenario) matrimonio que, mientras nos sonreían ampliamente, se colaban en nuestra casa empujados por Macalister.

Jake Simonson, de afilada barbita blanca y manchas oscuras en la piel de pergamino, tomó mi mano y se la acercó cortésmente a los labios con una inclinación mientras Farag hacía otro tanto con la huesuda y elegante Becky.

¿Quién no había oído hablar de los Simonson alguna vez en su vida...? Se habían escrito ríos de tinta sobre ellos, su familia y su inmensa fortuna; había libros que demostraban su pertenencia a sociedades secretas peligrosísimas, su carácter de conspiradores

* «Emperatriz» o «princesa» en la antigua Bizancio.

para dominar el mundo y su indudable linaje extraterrestre. Claro que, allí, en el salón de mi casa de Toronto, parecían una pareja normal y corriente de ancianos acomodados y si sus antepasados procedían de otro planeta no se les notaba en absoluto. Otra cosa era que quisieran dominar el mundo, que a lo mejor sí, pero ¿para qué, si ya eran dueños de todo a través de sus negocios y sus multinacionales del petróleo? Ahora me resultaba mucho más fácil entender qué tipo de colaboración desarrollaban con la UofT: dinero. Y en grandes cantidades, supuse.

Macalister, como si fuera el dueño de nuestra casa (en realidad lo era, puesto que la vivienda pertenecía al campus de la universidad), acomodó a Becky y a Jake en uno de nuestros sofás y se dispuso a servir las bebidas (*bourbon* para ellos, los hombres; ginebra para Becky; y un refresco para mí, ya que el alcohol siempre me ha sabido a medicina). Por suerte, Farag se dio mucha prisa colgando en el armario los abrigos de los Simonson para no dejarme sola y regresó a tiempo para reemplazar a Macalister con los vasos y el hielo. La conversación durante estos primeros momentos fue totalmente insustancial. Becky Simonson me comentó la tristeza que le causaba volver a Toronto, a su ciudad, en pleno mes de mayo con aquel tiempo tan malo, nublado y lluvioso, y se quejó con delicadeza del frío que hacía en mi salón. Aunque era cierto que estábamos teniendo unos días horribles, más propios del frío invierno canadiense que de la primavera —el cambio climático, sin duda—, para mí la temperatura del salón era más que correcta pero, aun así, me apresuré a encender la calefacción, puesto que también Jake, a quien Macalister le estaba contando el gran éxito que había supuesto para la UofT conseguir a los descubridores del mausoleo de Constantino, se frotaba discretamente las manos tratando de hacerlas entrar en calor. No cabía duda de que acababan de llegar de algún lugar muchísimo más cálido, ya que, seguramente, debían de invernar en alguna isla del Caribe. Nunca hubiera sospechado que los Simonson fueran canadienses. Yo hubiera votado por un origen británico o norteamericano (por su inmensa fortuna).

Lo cierto es que jamás pensamos ni en trabajar en la UofT ni en vivir en Canadá. Tras abandonar Alejandría para *descubrir* la tumba de Constantino, nos vimos obligados, por el revuelo que se

organizó a nivel mundial y por la presión del gobierno turco, a quedarnos en Estambul durante ocho años. Trabajamos muchísimo, publicamos incontables artículos, pronunciamos montones de conferencias, recibimos innumerables premios internacionales, hicimos entrevistas, rodamos documentales de televisión y recibimos ofertas de trabajo de todas las universidades del orbe. Sin embargo, nuestra idea era volver algún día a Alejandría, a nuestro hogar. Por desgracia, Butros Boswell, el padre de Farag, murió durante aquellos años, y Farag, preocupado por la creciente islamización de Egipto y por la actividad terrorista contra los coptos como él, sólo necesitó un empujoncito —el estallido de las protestas contra el gobierno de los Hermanos Musulmanes en noviembre de 2012 y el golpe de estado de 2013— para cerrar las casas, recoger todas las pertenencias y poner fin a esa etapa de nuestra vida.

Pasamos el resto del año 2013 en Roma, intentando decidir qué universidad, entre las muchas que deseaban incluirnos en su claustro, encajaría mejor con nuestras aspiraciones laborales. La crisis económica mundial que había empezado en 2008 no nos permitía demorar demasiado la decisión, pero habíamos ahorrado algo de dinero y aún podíamos aguantar sin aprietos algunos meses en el apartamento de Roma así como pagar el alquiler del guardamuebles donde teníamos todas las cosas de Alejandría. Y entonces, como una aparición salvadora, llegó en su caballo blanco (es un decir) el presidente de la Universidad de Toronto, Stewart Macalister, un hombre cercano a los sesenta aunque todavía tremendamente atractivo y con una abundante cabellera gris, ofreciéndole a Farag el puesto de director del prestigioso Centro de Arqueología de la universidad y a mí la fabulosa beca Owen-Alexandre de Investigación Científica para que, a cambio de dar algunas clases de paleografía bizantina un par de días a la semana para el departamento de Estudios Medievales, pudiera llevar a cabo uno de los trabajos más importantes de mi vida: la reconstrucción, a partir de otros códices, del famoso texto perdido del *Panegyrikon* de san Nicéforo, en el que llevaba trabajando más de una década y que, por complejas razones, siempre dejaba en suspenso y sin terminar. Era perfecto. Pero, además, como ese verano Isabella se había venido a vivir con nosotros y el presi-

dente vio que entraba en el paquete familiar, le ofreció estudiar en la Universidad de Toronto la carrera que ella quisiera, y ella, siguiendo la tradición de muchos de sus primos mayores, escogió Ciencias e Ingeniería Informática, estudios en los que la UofT estaba entre las diez mejores universidades del mundo.

Pronto, en un par de meses, se cumpliría el primer año de nuestra vida allí y lo cierto era que nos encontrábamos a gusto y que teníamos una casa bonita. Después de la locura del tiempo pasado en Turquía y en Roma, aquello era un oasis de paz, estudio y tranquilidad, si dejabas de lado el hecho de tener una sobrina de diecinueve años con una mastodóntica autoestima y una acusada disposición para la tiranía.

—¿Le gusta Canadá, doctora Boswell? —me preguntó amablemente Jake Simonson, arrancándome de golpe de mi ensimismamiento.

Miré al archimillonario con una sonrisa.

—Doctora Salina, señor Simonson. Salina —insistí—. No Boswell.

¡Qué manía tenían los anglosajones con quitarnos el apellido a las mujeres, por Dios!

—Lo cierto es que sí —continué, respondiendo a su trivial pregunta sobre Canadá—. A Farag y a mí nos gusta mucho. No tiene nada que ver con nuestros países de origen, Italia y Egipto, pero nos encanta la mezcla de culturas que hay aquí y admiramos la gran tolerancia y el respeto de los canadienses.

—Pero no me dirán que el clima no es horrible, con este frío —comentó Becky Simonson con una sonrisa de disculpa, mirando alrededor. Aunque en el salón hacía ya bastante calor, Farag se acercó al termostato y subió aún más la temperatura.

Seguía la conversación insustancial, me dije un tanto aburrida, y empecé a preguntarme qué demonios hacían los Simonson en mi casa a esas horas de la noche. Aún no habían abordado ni remotamente el maravilloso asunto del mausoleo de Constantino a pesar de que el presidente de la universidad ya lo había mencionado, y eso era algo muy, muy raro. Jake y Becky Simonson no daban señales de estar interesados en nuestro gran logro arqueológico, histórico y

académico. Conocía bien la dinámica de este tipo de visitas y algo no encajaba. No habían venido por el primer emperador cristiano, eso estaba claro. Farag me lanzó una discreta mirada y supe que estaba pensando lo mismo que yo. El anciano Simonson se dio cuenta.

—Quizá se estén preguntando —murmuró en voz baja— la razón de esta inesperada reunión, en un día y a una hora tan poco apropiados.

—¡Jake, Dios mío, no! —exclamó Macalister, cruzando cómodamente las piernas y sujetando con ambas manos su vaso de *bourbon*—. El director Boswell y la doctora Salina están encantados de recibirlos y saben que la gente como vosotros dispone siempre de poco tiempo.

Nunca había visto a Macalister tan considerado con nadie (o tan pelota). Bueno, claro, eran los Simonson, pero había algo que trascendía incluso eso. El señor Simonson, menudo, flacucho, feo y bastante calvo, tenía sin embargo un rostro amable y correcto que terminaba con esa barbita blanca puntiaguda, perfectamente recordada, que le daba un cierto aire de caballero medieval. Su mujer, Becky, era una anciana guapísima, de esas que te hacen pensar nada más verla en lo espectacular que tuvo que ser de joven. Ahora, en cambio, lucía una piel tan transparente que, por debajo, se le podía seguir el trazado de las venas, y un pelo tan plateado que parecía desprender luz propia. Aunque, bien pensado, también podía ser el efecto de todas aquellas joyas que llevaba, cuyo valor debía de superar con mucho cualquier cifra que yo fuera capaz de imaginar.

Jake hizo un gesto de agradecimiento hacia el presidente por sus palabras y luego otro a nosotros. A continuación, se arrellanó plácidamente en el sofá, junto a su mujer, y, volviéndose a mirarla, le dijo:

—Becky, ¿podrías darme el relicario, por favor?

Becky Simonson abrió su fabuloso bolso negro de Hermès, de piel de cocodrilo, y de su interior sacó, muy despacio, una cajita rectangular de plata que cabía entera en la palma de su elegante mano. Jake la cogió sin apartar de ella la mirada ni un solo segundo y, a continuación, mientras nos la acercaba un poco, alzó la cabeza y nos observó con curiosidad a Farag y a mí, como si fuera un antropólogo que estudia la reacción de dos aborígenes frente a una nave

espacial. Fue entonces cuando caí en el pequeño detalle de la palabra que había utilizado para pedirle la cajita a su mujer: relicario, la había llamado relicario, y un relicario, que yo supiera, sólo servía para una cosa. El corazón se me paró en el pecho. ¿Qué tipo de reliquia custodiaba aquel relicario? Y, más importante aún, ¿qué hacía una reliquia en mi casa? Empecé a sudar por todos los poros de mi cuerpo, pero quise suponer que era por la maldita calefacción.

Fui monja en Italia durante trece años, religiosa de la orden de la Venturosa Virgen María; como tal, dirigí durante nueve años, desde 1991 a 2000, el Laboratorio de Restauración y Paleografía del Archivo Secreto Vaticano; en el año 2000, por mandato de las más altas instancias de la Iglesia católica participé, con Farag, en la búsqueda de unas reliquias de la Vera Cruz —la cruz en la que se cree, desde su hallazgo en el siglo IV, que fue crucificado Jesús de Nazaret—, reliquias que, por aquel entonces, estaban siendo robadas en todas las iglesias cristianas del mundo (de paso, me enamoré de él y, por su culpa, dejé de ser monja y otras cosas). A raíz del fracaso de aquella búsqueda y del fracaso en la captura de los ladrones, estuvimos bajo vigilancia del ejército y la policía vaticana durante cuatro largos años, de tal manera que, si suspirábamos en Alejandría, antes de terminar de expulsar el aire ya lo sabían en Roma.

Yo era, por educación y amor a Dios, una católica ferviente y, precisamente por eso, no creía en las reliquias y no me gustaban, y, además, desde nuestra aventura con la Vera Cruz, me producían sarpullidos y estertores. Para mi desgracia, después de catorce años, tenía una de ellas nada menos que en el salón de mi casa y todas las luces y las sirenas de alarma de mi cerebro se dispararon a la vez. Mi pobre marido sudaba tan copiosamente como yo pero, mientras que yo podía quitarme la chaqueta, él había tenido que volver a ponérsela para recibir a los invitados. Involuntariamente, supongo que por el calor y la reliquia, recordé una plancha de hierro al rojo, en el suelo de unas catacumbas en Siracusa, y un círculo de ascuas ardientes que tuvimos que cruzar descalzos en Antioquía. El regreso de aquellos viejos recuerdos era la prueba más elocuente de mi sensación de peligro.

Jake Simonson dejó el relicario sobre la mesa que nos separaba y lo empujó suavemente hacia nosotros. Mi mente de doctora en Paleografía e Historia del Arte me llevó, sin quererlo, a fijarme en la delicada y exquisita belleza del objeto: representaba un pequeño sarcófago de plata con cubierta de cristal, sostenido por cuatro diminutas águilas a modo de patas y adornado con unos preciosos esmaltes en azul y dorado en los costados.

—¿Sabrían datar esta pieza? —nos preguntó el viejo Simonson. ¿Nos estaba poniendo a prueba?, me sorprendí, porque si era así, y yendo contra mis propios instintos de supervivencia, no me quedaría más remedio que responder a la provocación. Lo llevaba en los genes, no podía evitarlo. Yo era, por más que me pesara, una Salina de Sicilia, y a los Salina no se nos podía retar sin que nos lanzáramos de cabeza aunque supusiera la muerte.

—Siglo XIII, sin duda —afirmé con seguridad—. Francia. Esmaltes de la Escuela de Limoges.

Jake Simonson no intentó ocultar su admiración.

—Menos de un minuto —dijo muy sorprendido—, y sin examinarla de cerca. Ni siquiera la ha tocado. Sin duda, doctora Salina, supera usted su propia fama, lo que ya es mucho decir.

Casi me dejo llevar por las lisonjas, pero, de repente, gracias a mi natural desconfianza, pensé que quizá no había nada casual en aquella escena, que era posible que el desafío hubiera sido hecho desde la certeza de que yo lo iba a superar y que el objetivo final era halagar mi enorme —y, al parecer, conocida— vanidad profesional para conseguir ablandarme o predisponerme a favor de lo que fuera que Jake deseaba realmente y que, sin duda, vendría a continuación.

—Cójnala, por favor —nos pidió, con la suave cadencia de sus distinguidas maneras—, y obsérvenla bien.

Yo no me moví. Si en aquella cajita de plata había una reliquia guardada, no quería saberlo y, desde luego, no quería tocarla. Pero Farag se inclinó hacia la mesa y la tomó entre sus manos. Su rostro se ensombreció y empezó a parpadear nerviosamente, mientras que sus preciosos ojos azules, desde detrás del cristal de las menudas y anticuadas gafitas redondas que tanto le gustaban, saltaron de un lado a otro por el interior del relicario. La verdad, a mí aquello me mosqueó muchísimo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

Hizo un intento por despegar los labios y decirme algo, pero no pudo. Se volvió hacia mí y me entregó el objeto. Mi ansiedad se había disparado, sin embargo, pese a mi formidable capacidad para esperar siempre los peores males del mundo, lo que vi a través del cristal de la cubierta del dichoso relicario consiguió dejarme fuera de juego. Simplemente, no me lo esperaba.

—¿Reconocen la reliquia? —preguntó Becky Simonson con la mayor dulzura.

Habría podido matarla si el crimen no hubiera ido contra mi conciencia. No valía la pena negarlo: catorce años atrás fuimos los responsables de una enorme intervención mundial para encontrar y recuperar esas pequeñas astillas de madera arrancadas, robadas o regaladas por reyes y peregrinos durante el primer milenio de nuestra era, así que sabíamos perfectamente lo que teníamos entre manos. Se trataba, sin duda alguna, de una reliquia de la Vera Cruz. Y, lo que era aún más extraño: de ninguna manera podía ser legítima porque Farag y yo sabíamos, aunque nadie más lo supiera (salvo la gente más interesada en callar), que ya no existían reliquias auténticas de la Vera Cruz repartidas por el mundo, que todas eran falsificaciones hechas por la propia Iglesia para mantener el culto entre los fieles. Claro que se trataba de los Simonson, y ¿qué hay imposible en este mundo para alguien que lleva ese apellido? Pero no, me dije, ni siquiera ellos eran tan poderosos como para escapar de los muy inteligentes ladrones de *Ligna Crucis* —el plural de *Lignum Crucis*, «madera de la cruz»— que nosotros habíamos conocido.

—¿Es una púa de la corona de espinas de Jesús? —bromeó Farag echando balones fuera.

—Podría ser —admitió el viejo Jake—. Los análisis con carbono 14 la fechan en el siglo I de nuestra era. Pero, si se fija bien en los extremos, director Boswell, verá que no se trata de una espina sino de una astilla. Es una reliquia de la Vera Cruz.

No me pude controlar.

—¿Cómo lo sabe? —salté—. Podría estar equivocado.

El anciano Simonson miró a su mujer y ambos sonrieron con placidez.

—Como sin duda conoce, doctora Salina, financiamos numerosas excavaciones arqueológicas por todo el mundo como parte de las actividades culturales de nuestros museos y universidades —sonrió de nuevo y alargó la mano derecha pidiéndome que le devolviera la reliquia; yo, por supuesto, no estaba deseando otra cosa, así que se la entregué rápidamente y, sin darme cuenta, me alisé la falda con un gesto que también me sirvió, de manera inconsciente, para limpiarme las manos—. Le aseguro que el lugar en el que fue hallada durante una excavación no admite dudas, así como tampoco la carta del rey Luis IX de Francia dirigida a Guyuk, Gran Khan de los mongoles desde 1246 a 1248, en la que menciona, entre otros, el regalo de esta reliquia y de su hermoso relicario con motivo de la supuesta conversión de Guyuk al cristianismo —sus labios se curvaron con un gesto de ironía—. Al dominico fray Andrés de Longjumeau se le encargó llevar la carta y los obsequios pero, para disgusto del buen fraile, cuando, tras un año de viaje, llegó a las inmediaciones de Karakórum, la capital mongola, Guyuk acababa de morir y, además, sin hacerse cristiano en absoluto, así que, con gran pesar, tuvo que entregar todos los presentes a la viuda de Guyuk, la regente Ogul Kaimish, aunque, por pura devoción, consiguió quedarse con la sagrada madera.

—¡No podía abandonarla en manos de aquellos paganos! —nos aclaró Becky, emocionada, más con la intención de que comprendiéramos la incómoda situación de Longjumeau que de insultar o menospreciar a los mongoles—. Fray Andrés se sintió obligado a salvar la reliquia aunque tuviera que entregar a Ogul Kaimish todo lo demás, que no dejaban de ser objetos valiosos pero reemplazables.

—No sabemos cómo lo consiguió —continuó su marido, acariciando los bordes del relicario—, pero se la llevó consigo en el viaje de vuelta y llegó a Palestina con ella. De hecho, tampoco se la devolvió al rey Luis IX cuando se encontró con él en Cesarea para informarle sobre el resultado de su embajada. Luis estaba en Tierra Santa como principal monarca de la séptima Cruzada y acababa de ser liberado por los musulmanes tras el pago de un considerable rescate. Me temo que, o bien fray Andrés se había encariñado con

la reliquia —apuntó Jake sonriendo—, o bien no se fiaba de que Luis no volviera a regalarla a cualquier otro pagano o a usarla como pago de cualquier otro rescate. La reliquia se ha encontrado en la tumba del propio Longjumeau, recientemente descubierta en las excavaciones que se están realizando en la catedral cruzada de la antigua Cesarea, entre Tel Aviv y Haifa, en Israel.

El silencio se adueñó del salón tras las últimas palabras de Jake. La mano de Farag recorrió la breve distancia que nos separaba y sujetó fuertemente la mía. Necesitábamos alguna manera de comunicarnos sin hablar, de transmitirnos los pensamientos que cruzaban por nuestras cabezas sin que ni Macalister ni los Simonson pudieran escucharnos. El contacto de nuestras manos me confirmó que su estupor y sorpresa eran idénticos a los míos y que él sabía, como yo, que aquella astilla que teníamos delante era, sin duda, el último *Lignum Crucis* verdadero que quedaba sobre la faz de la tierra.

Becky nos sobresaltó cuando, de repente, soltó una carcajada encantadora.

—¡Oh, Jake, los has petrificado! —dijo, tremendamente divertida.

—¡Lo veo, lo veo, querida! —respondió él, riendo también—. Espero que no se ofendan por el comentario de mi esposa.

Macalister intervino. Se le veía totalmente desorientado aunque consciente de que allí estaba pasando algo raro que él ignoraba.

—No te preocupes, Jake —farfulló, tratando de sonreír con naturalidad—. Los Boswell no podrían ofenderse por una broma vuestra.

Tentada estuve de gritar: «¡Sí, sí que podemos!», pero en realidad Becky tenía razón: Farag y yo nos habíamos quedado petrificados. Lo que no sospechábamos era que aún nos aguardaba un poco más de petrificación:

—Bueno, y ahora —dijo el viejo Simonson abandonando el relicario sobre la mesa—, ¿qué les parece si hablamos un poco sobre los staurofilakes y sobre su buen amigo, el actual Catón, conocido anteriormente como el capitán de la Guardia Suiza del Vaticano Kaspar Glauser-Röist?